

Entre el alacrán cubano y las pulgas miamenses

El círculo del alacrán

Luis Zalamea

Ediciones Universal, Miami, 1990, 306 págs.

Luis Zalamea ha escrito la novela de su vida, pero no sólo en el sentido de su apoyo autobiográfico sino en la ambición de su trascendencia. Con ella recuperamos para nuestro idioma, pues —otra ironía— es más conocida en inglés (su novela "The hour of giving" fue colocada por Saturday Review al lado de las de Carlos Fuentes y Oscar Lewis) esta prosa de la más limpia prosapia —valga el inocente juego de palabras— pues no impunemente se es hermano de Jorge Zalamea Borda, el autor de "El gran Burundún Burundá ha muerto", y primo de Eduardo Zalamea Borda, quien con "Cuatro años a bordo de mí mismo" contribuyó a dar el gran timonazo a la novelística que después —sobre todo con "Cien años de soledad"—se llamaría el "boom latinoamericano".

El círculo del alacrán es la peripecia de un periodista colombiano vinculado a familias cubanas desde antes de la caída de Batista. Miembro de la burguesía bogotana, y por lo tanto heredero de cierto dilettantismo cultural, amargado y excéptico, acepta por fin y a regañadientes la dirección del diario que su suegro —"el Padrino cubano"— funda en Miami como vocero de la colonia siempre en expansión de los cubanos en exilio. A medida que se va desarrollando el poderío económico de su familia política, aumenta la exasperación del escritor ("¿qué estoy haciendo aquí..?") ante la cotidianidad prosaica de la "ciudad chata" y su forma de vida, tan pragmática como *non sancta*, de sus allegados. El explosivo final es la sorpresa aunque tardía reacción —o redención—, cocinada en "la levadura de mi resentimiento", de este conformista rebe-

lado que sólo salva, como un noé apocalíptico, a su perro (a quien da cristiana sepultura en el excéntrico Pat Memorial Park) y a su propia hija, la única persona con quien el autor (perdón: el periodista) se identifica.

El círculo del alacrán (título que parece proceder de Dashiell Hammett pero que en realidad pertenece a los ritos de santería afrocubanos) no se inscribe, pues, en el "realismo mágico" sino en una especie de realismo trágico pero tan divertido como las felinas ironías de Moreno Durán. Las magistrales descripciones de Miami y de La Habana de antaño y de hoy; la sabiduría, nunca cargante, de cosas grandes y pequeñas, propia de un gran narrador; la fina penetración psicológica sobre sus personajes, hablas y costumbres y el conocimiento de escenarios, culturas y tradiciones de Cuba, Colombia y Estados Unidos, son ingredientes de una gran crónica, ciertamente realista, que tiene como marco de referencia unos hechos ciertos y unos escenarios reconocidos. Pero el novelista, legítimamente, transforma esto que tiene a la mano en una fábula sorprendentemente convincente a partir de las anécdotas de lo posible. Es una visión "homérico-latina", como diría —si viviera— su sobrina política Marta Traba. Por algo Luis escogió para su "héroe" el nombre de Homero... Loaiza.



Zalamea, quien ha vivido la "problemática" de los exiliados cubanos en Miami, hace el retrato fiel, y a veces cruel, de algunos personajes de esa comunidad que cambiaron sus

papeles (aunque en el fondo sigan aferrados a costumbres ancestrales) para aprovechar la gratificante vida norteamericana. Por ello la obra será recibida con algún escozor (y aquí tenemos que sonreír ante la erudita aparición saltarina y voraz de las pulgas miamenses en el tejido de su picante historia) por quienes se sientan aludidos, pero con regocijo por los inteligentes, los honorables y los libres de verdad, sean marielitos o no, y por todos los otros lectores de habla hispana, que serán, no dudamos, la inmensa mayoría. Por ello tiene tanta razón el profesor cubano Narciso Menocal, refugiado en Nueva York, quien en el prólogo dice; "Esta ha sido la gran obra de nuestro buen amigo colombiano Luis Zalamea: ha levantado el brazo empuñando un espejo y propone que todos nos miremos en él. Al escribir una novela, ha escrito una historia inexistente, y por lo tanto tan irreal como cualquier otro tropo, pero de una utilidad extraordinaria para ayudarnos a todos a ser menos arrogantes".

Zalamea no volverá a preguntarse, como Homero Loaiza: "¿Qué estoy haciendo en Miami?" Lo que debía hacer lo ha hecho. Y muy bien.

ROGELIO ECHAVARRÍA

La tertulia de trece

Espacio literario de la Universidad de Antioquia. Inventario 1989.

Universidad de Antioquia, Medellín, 1989.

Después de leer *Espacio literario de la Universidad de Antioquia. Inventario 1989*, donde se agrupan escritores que presentan parte de su obra poética o de sus cuentos, la pregunta que surge es, ¿Cuál ha sido el criterio para la realización del libro?

Espacio literario de la Universidad de Antioquia. Inventario 1989



es un libro publicado por dicha Universidad bajo el auspicio de la Facultad de Educación. En él se encuentran reunidos escritores de muy distinta condición. Algunos, ya poseen una trayectoria literaria como Javier Escobar Isaza, quien ha publicado *El recuerdo y el silencio*, novela editada por Plaza y Janés y el libro de cuentos, *Rosita la del vino y otros relatos* que publicará próximamente Carlos Valencia Editores. Al igual que Oscar Castro, quien también ha publicado *Sola en esta nube y Señales de humo*, por mencionar sólo a dos escritores de conocida trayectoria. Junto a ellos están jóvenes como Víctor Raúl Jaramillo o Diana Patricia Bernal Acevedo, estudiantes de Filosofía y de Comunicación Social, de la Universidad Bolivariana y de la Universidad de Antioquia, respectivamente.

En consecuencia, el sentido de este libro hay que buscarlo en el origen de la publicación. *Espacio literario de la Universidad de Antioquia. Inventario 1989* ha sido el resultado de un nuevo "espacio" para la literatura en la mencionada universidad. Se inició con un grupo de personas que no excedía en su número a siete, que un día se reunió para leer literatura y escuchar material radiofónico. De esto hace ya dos años. Así fue como nacieron estas tertulias literarias que se realizan cada quince días en el Museo de la Universidad de Antioquia. En ellas han participado escritores como Elkin Restrepo, Manuel Mejía Vallejo, Juan Diego Mejía e invitados de otras ciudades, como Juan Manuel Roca.

Dichas tertulias empezaron por llamarse "Espacio de la poesía", pero

los intereses de la gente también abarcaron otros ámbitos, como el del cuento y la novela, entre otros, y terminó por llamarse "Espacio Literario". Después de dos años de encuentros surgió la propuesta de publicar en un libro parte del material presentado durante este tiempo. Así es como nos encontramos con estos cuentos y poemas.

El libro está abierto a una escritura joven e inédita. En él se pueden encontrar textos de jóvenes que no han llegado aún a los 25, junto a escritores que bordean los cuarenta años y sus textos continúan inéditos. En tal sentido, este libro no ilustra el pensar de una generación; no presenta un panorama de la poesía antioqueña, o una visión del cuento colombiano escrito en los ochenta, por ejemplo. No hay homogeneidad entre las obras de sus participantes o en los temas que tratan. Allí encontramos poesía mística, junto a una poesía femenina, a textos poéticos y cuentos donde se trabaja la temática urbana, como es el caso de los textos de Oscar Castro.

Este libro debe verse más como una memoria, como un inventario de lo oído en las tertulias. Su unidad la da la procedencia de sus participantes: el "Espacio Literario". Un espacio que ha reunido a Héctor Botero, Oscar Castro García, Javier Escobar Isaza, todos ellos profesores de la Universidad de Antioquia, junto a estudiantes como Mauro Antonio Peña, Reiner Castellanos, Daniel Ricardo Jiménez Bejarano, Lucía Calle Arango, Víctor Raúl Jaramillo, Diana Patricia Bernal Acevedo y otros como Gilberto Betancour, Marga López Díaz y Edgar Trejos.

En cuanto al aporte del cuento, éste se da a partir de tres nombres. Inició con Oscar Castro, quien recrea la temática urbana, como en *La hora del ocaso* donde un hombre es atropellado en la calle y desde su estado de inconsciencia relata lo que ocurre a su alrededor. Otro de sus cuentos es *Lapsus* donde el autor trabaja la temática del doble, esta vez a través de la relación amistosa entre dos hombres en la que interfieren otro tipo de sentimientos. Son seres que se encuentran a través de relaciones

contradictorias, pero que aún así, es lo que les da sentido a sus vidas. Alirio piensa matar a su amigo Braulio, pero al final, es otro el desenlace, pues Braulio se le adelanta: "Avanza con más entereza, toca y allí, tras el hermoso escritorio de roble, apoltornado en su silla giratoria lo espera con paciencia... Con impaciencia lo esperan todos los fracasos de su vida y sus deseos de poder, todas las fantasías e ilusiones demacradas... Aquellos dos ojos oprimen el gatillo y le dan el derecho a disfrutar de su lapsus" (pág. 51). En otros de sus cuentos el autor aborda el tema del amor, como en *Trato hecho* o el *Parque hundido* o la realidad de los exilados voluntarios que deben afrontar la ausencia de sus familiares, como en el caso de *Desde el exilio*.

En cuanto a Javier Escobar Isaza, aparece en este libro con dos cuentos muy diferentes en su forma, que recrean un mismo tema, la escritura dentro de la escritura. El primero de ellos es *El eunuco del rey*, un cuento hermoso que retoma la forma de los cuentos de hadas tradicionales. Aquí se cuenta la historia de un reino, donde está un rey optimista, una reina hermosa, un príncipe heredero, dos súbditos, una campesina y el eunuco del rey; quienes participan de una historia de infidelidad.

En medio de esta anécdota donde no ocurre nada fuera de lo esperado en historias de este género, el autor cuestiona la escritura, su realismo y cada uno de los elementos que forman parte del cuento. Así es como en este cuento el eunuco del rey no es "real" y el cuento es una patraña de quien escribe la historia. Los personajes son protagonistas de una historia que se está escribiendo y ellos lo saben. El eunuco le dice a la reina: "Vos y yo", Majestad, no somos más que personajes de esta historia. No lo olvidéis. Si yo quemara mi obra, dejaríamos todos de existir: Vos, el rey, el Príncipe y yo" (pág. 133). Así es como el cuento está lleno de humor e ironía. Donde lo único "real" está representado por el súbdito leal, que es destrozado por el rey: "...aturdido aún, destrozaba el cráneo de su único súbdito leal con los golpes repetidos de una enorme piedra. Lo había

agredido mientras éste se encaminaba al palacio, con su canasto lleno de legumbres, quesos y frutas, para rendir un tributo reconocido a Sus Altezas Reales" (pág. 135). Con este acto, como lo señala el autor en el cuento, el rey "había perdido su razón de ser".

Otro de los cuentos de Escobar Isaza es *¡Me rindo! Cuento para un concurso de cuentos* donde desde su título se cuestiona la tarea de escribir. El personaje se enfrenta a una convocatoria de un concurso de cuento y piensa que podría enviar. En la escritura de este cuento, el autor retoma otros elementos, como el modo de escribir de la página roja de los diarios, a través de la noticia del presunto asesinato de Yamira del Socorro Arbeláez.

Por último tenemos a Diana Patricia Bernal Acevedo, quien en su cuento, *Su mano dormida*, trabaja el tema de los triángulos amorosos. Relaciones en las cuales los límites se desvanecen y la protagonista queda a merced de los deseos de su padre y su amante, Juan Esteban. Así es como ella está en medio de circunstancias extremas y contradictorias: el tener que elegir entre el amor de un padre o un amante. El cuento culmina así: "De repente me di cuenta que había perdido a los dos, pero no era la hora de pensar en cuál cariño era verdadero; lo único que sí me quedó claro es que amar es un acto de ingratitud con uno mismo" (pág. 198).

En cuanto a la poesía, ésta se hace presente a través de diez personas que ven en ella el modo de cuestionar la realidad y sus vidas. Con nombres como Hernán Botero, Edgar Trejos, Gilberto Betancour, Víctor Raúl Jaramillo, Mauricio Antonio Peña, Reiner Castellanos, Daniel Ricardo Jiménez Bejarano, Lucía Calle Arango, Inés Posada y Marga López Ruiz; el libro presenta una poesía que va desde los textos poéticos de Inés Posada, pasando por la poesía mística de Lucía Calle Arango o la poesía de Marga López Ruiz, en quien se manifiestan las preocupaciones femeninas de manera más clara. Ella retoma la infancia, la relación entrañable entre madre e hijo, el sexo, etc.

Tal vez para estos poetas la poesía sigue siendo una práctica individual y

un modo de enfrentar la realidad, donde el acento sigue estando en lograr la palabra precisa. Abarcan una temática en la que se encuentran la pregunta por la escritura, la experiencia personal, las referencias culturales y el amor, entre otros temas. El detenerme en cada uno de ellos alejaría esta reseña de lo que pretende ser. Pero sí hay que mencionar cómo estos diez poetas son una muestra de la poesía que se está escribiendo en Antioquia.

Para finalizar hay que señalar, como ya se ha dicho, que el valor de este libro radica en su carácter de inventario y en la presentación de estos trece escritores de antioquia.

PATRICIA RUÁN



El inconforme

Aquellos rojos años
Eduardo Camacho Guizado
Planeta Colombiana, Bogotá, 1990, 230 págs.

Aquellos rojos años narra la historia de un colegial en medio de una situación que le es adversa. La aparente diferencia entre él y sus familiares, la mayor parte liberales, y el colegio, la ciudad y el gobierno conservadores, lo obliga a tomar determinaciones y actitudes mucho más importantes para su vida que la educación recibida en el plantel estudiantil. La firmeza en ciertas convicciones y un sentido de

justicia y libertad que se va ahondando gracias a las circunstancias, brindan al niño la verdadera materia útil de su formación.

La novela se sitúa dentro de la historia colombiana en la época de la Violencia, y ésta se vive en el interior del colegio en una serie de episodios que recrean, de manera excelente, el ambiente vivido durante este período escolar. El cura que se vale del temor a Dios para enseñar la moral religiosa haciendo de paso apología de conservadores y reprobación de liberales, el soplón que a la vez se aprovecha de su fuerza física convirtiéndose así en policía de los estudiantes, el que cuida la puerta, el que vigila la asistencia, el aplicado que no se mete en problemas y, también, el cura no dogmático, benevolente e ilustrado y los alumnos rebeldes, diferentes de la manada, que son violentados o respetados de acuerdo con su tamaño, se mueven en los salones, en la capilla, en los patios, en las canchas de fútbol, en los corredores de este colegio situado en una ciudad con clima de páramo y con actitudes marcadamente conservadoras, que no debe ser otra diferente de la ciudad de Tunja, lugar de nacimiento del autor del libro y a la vez motivo para cuestionar y reflexionar sobre sus valores, desde la perspectiva de un niño liberal que se enfrenta a este medio hostil.

Sin embargo, al narrar el conflicto, la novela no se limita a reconstruir un episodio puramente regional, ni el tratamiento de las actitudes políticas cae en un fácil esquematismo. No es la intención del autor reproducir el suceso sangriento, como tampoco mostrar las dos partes en pugna señaladas por los adjetivos bueno o malo. Eduardo Camacho se basa en hechos históricos, como que el período de la Violencia empieza en un gobierno conservador que persigue institucionalmente a los liberales, y como que en aquel período la Iglesia estaba del lado de los conservadores; alianza ésta que se remonta al siglo pasado, cuando el bando más modernizante del partido liberal empieza a despojar de sus tierras a la Iglesia —el mayor terrateniente de la época—, a desacaparar de sus manos la educación y a permitir la libertad de cultos; fac-